

“NO HAY ENFERMEDAD QUE ME DETENGA. YA REBASO Y SIGO”

Lic. Marlene Irene Portuondo Pajón.

marlene.portuondo@infomed.sld.cu

Calle F Núm. 109 entre 7ma. y 5ta. El Vedado. Ciudad de La Habana.

Profesor auxiliar de Historia de Cuba

- [DESARROLLO](#)
 - [BIBLIOGRAFIA](#)
-

DESARROLLO

El presente trabajo va dirigido a profesores de Historia en los centros de enseñanza de Ciencias Médicas, quienes abordan el panorama de la Colonia en Cuba, así como interesados en la Historia de la Medicina en nuestro país. De igual modo, puede resultar de interés a las cátedras martianas, creadas en el Instituto Superior de Ciencias Médicas de La Habana. El objetivo es abordar los padecimientos físicos que sufrió José Martí a través de toda su vida, y cómo esto no constituyó una limitación para desarrollar su acción política y deber ante la Patria.

Para la realización del tema se ha consultado el epistolario martiano y fuentes de estudiosos de su vida.

José Martí, a pesar de tener una débil constitución, no era una persona enfermiza, aunque su flaqueza física le originaría, por el exceso de trabajo --en más de una ocasión--, cierto agotamiento. No padeció de males que le postraran durante largas temporadas, ni ninguna de las graves enfermedades de la época, a pesar de recorrer disímiles escenarios. . .

Ramón Vasconsuelos en prosa descriptiva, refleja el estado de la ciudad en la época, en la que se desarrolló Martí : “La higiene era un lujo. Las calles mal empedradas o convertidas en lodazales por donde corrían aguas pestilentes que justifican su nombre de Arroyo. Misas, vueltas y revueltas por la Plaza de Armas, el Prado, Carlos III y Alameda de Paula. Carceleros de argollas en la orejas. Bufos. Vómito negro. Viruela. Hampa libre. Todas las impunidades y todas las inquietudes de la factoría. Esa era La Habana de 1853. ” (2)

Incluso, el estado ambiental del Presidio Político, al que fue condenado a 6 años, luego de 4 meses de prisión, era caótico: “Recrudescíase con el temporal de las aguas el cólera. Una buena parte de la población de los condenados estaba atacada por el mortífero morbu. La diaria y terrible jornada rendía 4 ó 5 apestados. Los niños agonizaban entre vómitos, y se los llevaban a enterrar a lo alto de la vega, bajo los cetrines yereyes. Los viejos se iban unos tras otros, devorados por el castigo atroz y la epidemia.” (3)

Antes del amanecer, Martí era conducido a las canteras de San Lázaro, y permanecía 12 horas bajo el sol; realizaba las más duras faenas, con un grillete en el tobillo de la pierna derecha, unido a la cadena que le presionaba su cintura. “Partiendo piedras en una cantera --anota el Dr. Ramón Infiesta-- bajo un sol inclemente, su frágil salud se resistió para siempre, y toda su vida lo atormentó una llaga que el hierro le ahondó al pie.” (4)

Allí se le produjo la lesión que llevaría toda su vida, sin que la ciencia médica de la época, a pesar de las intervenciones quirúrgicas que le realizaran, lograsen rehabilitarlo totalmente de ese mal.

El padre realiza gestiones ante José María Sardá, arrendatario de las canteras y amigo personal del Capitán General, para atenuar la pena de su hijo menor de edad.. Está enfermo y tiene los ojos afectados por la cal. El Capitán General lo indulta y conmuta su pena por la de ser relegado a Isla de Pinos en calidad de deportado. En la finca El Abra permanece dos meses. Por solicitud de su madre al Capitán General, lo envían a la Península para continuar sus estudios. El 15 de enero de 1871 partía hacia España.

En Madrid, se pone en contacto con el estudiante de medicina, Carlos Sauvalle, a quien había conocido en La Habana y había sido deportado en 1870. Martí padece de sarcoidosis y es su amigo quien costea los gastos de la curación. En la capital española es atendido por los doctores Gómez Pamo e Hilario Candela, médico cubano y cirujano, respectivamente. Este último le realiza una intervención quirúrgica que lo mejora, aunque su dolencia no desaparecerá. En Madrid, anota el Dr. Guillermo de Zéndegui “reclinado en el favor de un amigo, que lo era de todos los patriotas, Carlos Sauvalle, cuenta que más que el dolor de la lesión interna que le dejó el presidio y que le obligó someterse en Madrid a dos operaciones infortunadas, le atormentaba el recuerdo vivido en las canteras, las ideas de su soledad, la evocación nostálgica de su hogar y de su patria”. (5)

Y los crímenes con que sentencia España a Cuba no son olvidados por estos jóvenes deportados. Al recordarse el aniversario de la muerte de los estudiantes de medicina, en las primeras horas de la mañana, en Madrid, circula la hoja impresa El día 27 de noviembre de 1871, escrita por Martí, Fermín Valdés Domínguez y Pablo J. de la Torre. Esa noche, en casa de Sauvalle, el Apóstol pronuncia un discurso. Narra Valdés Domínguez :”A casa de Sauvalle, llegó Martí ese día. Acababa de operarse, y pálido y demacrado, iba del brazo de su amigo, con su amable sonrisa en los labios y, en su frente sombra de tristeza honda. A pesar de estar débil y enfermo, habló y fue su oración --patriótica y enérgica-- tan hermosa y arrebatadora, que en aquella sala no había corazón que no se agitara de pena, ni ojos que no lloraran...”(6)

Este joven fue para Martí “el compañero fraternal y fiel, la charla deleitosa que ahuyenta la soledad...el lazo de unión con los primeros conocidos. Y además, era una evocación viviente de la patria en común...fue Sauvalle el enfermero asiduo, el hombre solícito que allanó como hermano la urgencia de los gastos”. (7)

Si bien la cura de sus dolencias no fue completa, la mejoría fue suficiente para que pudiera continuar sus estudios. Los dos primeros años (1871-1872), se cree que, por su estado de salud, no pudo rendir ninguna materia universitaria, a pesar de estar inscripto. Tres veces abonó, en la Universidad de Zaragoza, derechos de examen sin rendirlos, seguramente, por este motivo: “habitualmente padecía de los pulmones, el corazón y los intestinos”. (8) Viaja de España a México y allí se establece, en 1875. En esta ciudad, se relaciona con Manuel Mercado, quien lo visitará, frecuentemente, al estar el Maestro afectado de salud. En 1876, Martí sufre una recaída. El Dr. Alfonso Herrera Franyutti señala que se trataba de una sarcoidosis, la que ocasionaba infartos ganglionares en la ingle, entre otros síntomas.

Fue al Dr. Francisco Montes de Oca, a quien debió su mejoría, obtenida mediante “una oportuna operación que notables médicos de España no se decidieron a hacer, y que el doctor mexicano llevó a cabo con precisión sorprendente, tacto sumo y éxito feliz”.(9)

Al Dr. Montes de Oca agradeció desde las páginas de la Revista Universal, en México, su eterna gratitud, al que evaluó de “Alma bondadosa, talento claro y múltiple, habilidísimo cirujano, mano siempre dispuesta a salvar una vida del peligro y a un infeliz de la miseria.” (10)

En 1877, arriba a La Habana. Sus documentos personales están expedidos a nombre de Julián Pérez. Debido a una afección de conjuntivitis, visita al oftalmólogo Juan Santos Fernández -- conocido suyo en Madrid, cuando eran estudiantes--, quien anota en su libro de consultas que las molestias del paciente se deben al trabajo en la corrección de pruebas de imprenta. Le prescribe el uso de cristales convexos número 24, como espejuelos, aunque no hay constancia de que los usara.

En febrero de ese año, regresa a México y parte a Guatemala. En ese país, no hay referencia de alguna enfermedad que le aquejara. En 1877, de nuevo a México, donde contrae matrimonio con Carmen Zayas Bazán. Vuelve a Guatemala con su esposa, quien insiste en regresar a Cuba. A través de Honduras, arriban a Cuba el 31 de agosto de 1878.

“...la guerra se ha extinguido;...y una incomprensible traición ha podido más que tanta vejación terrible...¿He de decir a V. cuánto propósito soberbio, cuánto potente arranque hierve en mi alma? ¿que llevo mi infeliz pueblo en mi cabeza, y me parece que de un soplo mío dependerá

en un día su libertad?” (11)

Se entrega a labores revolucionarias junto a otros cubanos. Se considera la posibilidad de que concurriera en más de una ocasión a la Finca Balestena, propiedad de Carlos Sauvalle, situada cerca de Santa Cruz de los Pinos, como parte de su labor conspirativa.

Es detenido y deportado a España. En 1879, se traslada furtivamente de ésta a Francia, y de ahí a Nueva York, ciudad a la que arribó el 3 de enero de 1880.

En 1887, recibe la noticia de la muerte de su padre. En carta que dirige a Fermín Valdés Domínguez narra sus penas: “Mi dolor, Fermín, es verdadero y grande; pero la bravura y nobleza de que acabas de dar muestra han podido consolarlo.” 12 Martí se refiere al triunfo moral de su amigo, al demostrar la inocencia de los estudiantes de medicina y probado que no existió la profanación de la tumba del periodista Gonzalo de Castañón: “Tú nos has dado para siempre, en uno de los sucesos más tristes y fecundos de nuestra historia...tú sólo has vencido a muchos batallones.” (13)

En 1888 y 1889, enferma durante varios días. En 1891, todavía sin recuperarse, viaja a Tampa. Padece de bronco laringitis aguda y lo atiende el Dr. Eligio Palma y Fuster “el médico del acierto y del cariño”. Febril, aún con esa afección, hablará en tres ocasiones a ruego de la multitud, que colmaba Duval Street. El Dr. Palma le atendió, en más de una ocasión, sus afecciones propias de la oratoria, y hubo de recomendarle reposo absoluto: no hablar una palabra, dejar descansar las cuerdas vocales, no forzar su organismo. Pero la respuesta de Martí fue: “Cuba no puede esperar.”

El 1 de enero de 1892 es dado de alta. Renueva sus actividades. Necesita cuanto antes ganarse la confianza de la Convención Cubana. Enferma nuevamente. En carta a Serafín Sánchez, el 23 de enero, anota: “Hice cuanto pude en estos días y hoy, para parecer más fuerte de lo que estoy. Pero me rinde, con este cielo oscuro, la enfermedad sorda. Mañana hay que estar en pie, porque es día de clubs -y de fundar el nuevo.” (14)

El 31 de enero de ese año, tiene que suspender el acto por hallarse enfermo. En abril, a pesar de su malestar, habla en el acto, donde los emigrados de Nueva York ratifican la proclamación del Partido Revolucionario Cubano (PRC).

Con fines organizativos de la revolución, viaja a Haití, Santo Domingo y Jamaica. En Santo Domingo, se aloja en casa del médico cubano Dr. Nicolás Ramírez. En carta oficial, solicita a Máximo Gómez que asuma el mando supremo de la guerra. Parte hacia Haití, vía Jamaica. En Kingston, dirige unas palabras a un grupo de jamaicanos, quienes acuden a conocerlo en casa del Dr. González, el que ofrece un concierto en honor del visitante.

Parte para New York. Recorre varias ciudades en EE.UU. A fines de año, en Tampa, a pesar de estar enfermo habla durante hora y media en ocasión del segundo aniversario de la Fundación de la Liga Patriótica Cubana.

Luego de realizar un recorrido por otras ciudades, donde ofreciera discursos en español e inglés, llega a Tampa, el 16 de diciembre de 1892. Allí, elementos al servicio del enemigo intentan asesinarlo mediante envenenamiento, al servirle una copita del vino que solía tomar de coca de Mariani,. Al llevárselo a los labios, le halló un gusto extraño, y tras una rápida intuición, devolvió el sorbo. El Dr. Barbarrosa, amigo y médico de Martí en Tampa, llega casi al propio tiempo, e insiste en hacer analizar el resto. Olfateó el licor, lo degustó con cautela. “¡Sí; me parece que sí...Ácido...Déjeme hacerlo analizar! Mientras el Doctor se ocultaba la botella en el faldón de la levita, Martí le tomó por un brazo y le dijo mirándole fijamente: “De esto, amigo mío..., sí fuese cierto, ¡ni una palabra!”(15)

Se trataba de dos cubanos --un blanco y un mulato--, quienes se habían ofrecido para servirle a Martí, en su refugio, como auxiliares, pero luego del intento de crimen, desaparecieron rápidamente de la estancia. Fue Paulina Pedroso “la negra patriota”, quien llevaría al Apóstol para su casa, custodiado, día y noche, por su esposo Ruperto. “Una tarde .se presentó en la casa uno de los auxiliares desaparecidos: el blanco. Venía trémulo, contrito. Ruperto hizo

ademán de lanzarse sobre él. Martí le contuvo, y echándole el brazo por encima del hombro, se encerró en su cuarto con él. Al cabo de un rato, el otro salió con los ojos enrojecidos y el rostro más alto...Ese --díjole Martí a Ruperto-- será uno de los que habrá de disparar en Cuba los primeros tiros.” (16)

El vaticinio se cumplió. Dos años después, estos dos hombres figuraron en una de las primeras expediciones. El del abrazo, se ganó en la manigua el grado de comandante. Se trató del comandante Valentín Castro Córdova.

El 19 de enero de 1893, escribió a Serafín Sánchez: “Sólo para que vea la letra mía le escribo sin poder. A Vd. puedo decirle que mi enfermedad de Tampa no fue natural, -que el aviso expreso que recibí de antemano sobre el lugar, y casi sobre la persona, fue cierto, -y que padezco aún de las consecuencias, de una maldad que se pudo detener a tiempo. Sofoqué el escándalo, y aquí lo he desviado. Pero he padecido mucho, Serafín. Aún no puedo sostener la pluma. Mi estómago no soporta aún alimento, después de un mes....”(17)

Su debilidad física se hace perceptible a través de sus cartas. No mella sus increíbles esfuerzos en aras de Cuba. A José Dolores Poyo, le comenta el 2 de febrero de 1893: “¡ Es tanto lo que tengo que decirle, y tanto aún el malestar con que le escribo!...todo lo hago, temblando o no, y anden como quiera el corazón y los intestinos...Aún no recabo la salud deshecha; y no puedo aceptarle al médico la condición de resistirme a todo trabajo... Vivo, Poyo, desde lo de Tampa, como resultado de mi gran choque nervioso: lo que hago, sin embargo, Vd. lo irá sabiendo...rehago el periódico que hallé deshecho; los clubs, al garete en mi ausencia, resucitan briosos...yo soy a todo. Rodaré por el suelo, sin cuerpo y sin premio...pero habré hecho cuanto cabe en alma y cuerpo de hombre.” 18 El 18 de abril de 1893, refiere a Serafín Sánchez: “Todavía no puedo salir de este malestar extraño. Me levanté para el mitin y estoy peor. Sufro cuanto puedo. No puedo escribir. Pero el domingo salgo, y antes, por mi mano o Gonzalo, le escribo...No hay enfermedad que me detenga. Ya rebaso, y sigo.” (19)

Dos días después, comenta a José Dolores Poyo: “Todavía no he podido salir de la cama, y desde ella le escribo...Es imposible que este cuerpo mío no oiga mis ruegos. Que me deje andar... Que me deje escribir. A veces la angustia es mucha y creo que acabo. Quisieron tasajearme, pero no era preciso...Ni el mejor médico sabe ahora lo que tengo: los intestinos rotos, y una postración que no me deja levantar la mano...Dicto a Patria, despacho lo de Cuba,...me siento remendado .”(20)

En abril y mayo, se encuentran cartas de Martí, en las que se refiere a su dolencia en la mano, con la que apenas puede escribir. A Serafín Sánchez le escribe el 20.5.1892: “Aún no soy hombre, y odio dictar. Es mucho lo que tengo que decirle, y todavía no puedo con la mano. “ (21)

Sin embargo, en Martí, no habrá contradicción entre la enfermedad y su deber a seguir. Por eso, no detiene su labor en aras de la patria. Ahora, en Cabo Haitiano le escribe a Máximo Gómez, el 6 de junio de 1893: “El cuerpo flojo.” (22) Tres días después, le comenta a Sotero Figueroa: “Escribo a escape, a la salida de un inesperado vapor... que me lleva a Puerto Príncipe... De salud, no voy bien...” (23)

El malestar continuó. Desde el miércoles cayó en cama en Puerto Príncipe, y aún el domingo, 18 de junio de 1893, se sentía enfermo. A Emilio Bacardí, le comenta: “...tuve la esperanza de sentirme la cabeza desahogada..., pero sigue rebelde, y me meto en la obscuridad, a ver si mañana estoy apto para el trabajo”. (24) Su agotamiento y debilidad física se debe, en gran medida, a su poco descanso y cuidado. Así se lo comenta a Fernando Figueredo: “Uno aquí expirando, sin sueño, y sin comer, y atendiendo como una abeja a todo...” (25)

Su acción revolucionaria, se deja ver no sólo a través de la organización del movimiento por mítines, etcétera, sino también, por una intensa actividad manifestada, entre otras cosas, en la escritura. Al general Antonio Maceo, el 15 de diciembre de 1893, le plantea: “Las manos las he tenido ocupadas... en una labor bestial y sin descanso. Esto lo estoy escribiendo entre un mitin y otro. Vengo de tres días de esfuerzo angustioso en Tampa.” (26)

Nuevamente, será atendido por el médico Barbarrosa en la casa de Paulina Pedroso. Enfermó durante tres días y ahora le hará compañía Panchito Gómez Toro, a quien Gómez había dejado en Nueva York, luego de visitar esta ciudad para intercambiar ideas con Martí sobre la revolución que se preparaba. En carta a Fermín Valdés Domínguez, comenta: "La enfermedad fue natural: mareo grande, la variedad de conversación de la llegada, comida violenta, discurso largo... Con la voz rota... Me siento aún sin cabeza, porque ahí fue a parar todo. Escribo en el vacío..." (27)

Apenas restablecido, se reúne con los afiliados de los clubes de la localidad de Tampa para aumentar los fondos para la guerra. Recorre todos los barrios de la ciudad junto a Panchito, del que Martí comentó: "Hay genio en el niño... a mí me llena el corazón, porque es como si me hubieran devuelto el hijo que he perdido." (28) Arriba a México. Allí enferma de afección gripal por tres días, es atendido por el Dr. Regino González, hombre grave y de pocas palabras. Sin embargo, una vez que vio a Martí, visiblemente impresionado, le preguntó al hijo de Manuel Mercado, el Dr. Alfonso: "¿Quién es este hombre extraordinario?, pues Martí entre muchos quejumbres por su sufrimiento se puso a explicar su estado, lo que sentía y lo que pensaba de la enfermedad. La forma vehemente de hablar, lo sugestivo de su palabra, hacían abrir los ojos del galeno, poco acostumbrado a tener paciencia para escuchar largas explicaciones de los enfermos." (29)

De regreso a EEUU, otros médicos asisten a Martí en Nueva York. El Dr. José R. Alvarez, quien no sólo actuó profesionalmente, sino también con intensidad a favor de la causa independentista. Otro médico, fue el Dr. Juan Cisneros Correa, quien tuvo su atención facultativa a causa de dolores producidos por las llagas del presidio, así como por los estados de agotamiento físico debido a los excesos de trabajo. Según Martí: "Era el médico querido, que a tantas casas llevó, en sus años de trabajo, el consuelo de su ciencia y de su caridad..." (30)

El anciano galeno fue su penúltimo médico, pues el Dr. Ramón Luis Miranda se hizo cargo de su atención hasta que abandonara el exilio por tierras de América. El Maestro lo nombró: "espíritu constante, cuya divisa es; la fe y la esperanza".³¹ No es casual que tras el fracaso de la Fernandina, Martí se ocultara de los agentes españoles y yanquis en casa del Dr. Miranda, quien se vinculó a la labor revolucionaria. Desde allí, informa a Gómez que próximamente iría a Montecristi, donde arribaría el 7 de febrero de 1895. En Santiago de los Caballeros, se aloja en casa del doctor cubano, Nicolás Ramírez.

El 26 de febrero, reciben la noticia del alzamiento armado en Cuba. En Cabo Haitiano, contacta con el Dr. Ulpiano Dellundé, el que consigue armas para la expedición y despista con éxito el espionaje español.

No es casual que José Martí, según Gonzalo de Quesada y Miranda, le planteara: "Los médicos son los más apropiados, y por tanto, los mejores delegados. Sus pasos en ninguna hora, ni en ninguna parte llaman la atención; siempre son bien recibidos. Todos le deben algo: unos la vida; otros dinero. El médico es quien mejor conoce los secretos de todos: por eso, esta será la revolución de los médicos." (32)

Arriba a Cuba. Marcha sin descanso sorprendiendo a los viejos guerreros. Ruda es la marcha. En su Diario, Martí hace gala de sus conocimientos de naturalista práctico: "A César le dan agua de hojas de guanábana, que es pectoral bueno...Me buscan hojas de zarza o de tomate para untarlas de sebo sobre los nacidos...Vi hoy, la yamagua, la hoja fénica que estanca la sangre y con su mera sombra beneficia al herido. Machuque bien las hojas y mételas en la herida, que la sangre se seca." (33)

Por esto no es extraño que el Dr. Félix Martí Ibáñez, sobre este aspecto, nos dijera: "Martí, curado por el milagro del amor...dando a las almas angustiadas el bálsamo del cariño capaz de remediar sus desgarraduras espirituales...No fue médico, pero enseñó el secreto supremo de la ciencia de curar. El amor, que vale a veces mucho más que las frías fórmulas medicinales." (34)

BIBLIOGRAFIA

- 1 José Martí. Obras Completas. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales;1975, t.1, p.398.
- 2 Ramón Vasconsuelos. "Predestinación de José Martí". La Habana: 1939, p. 34.
- 3 Mauricio Magdaleno. Fulgor de Martí, México, 1940, p. 73.
- 4 Ramón Infiesta Bagés. La experiencia de Martí. Fac. C.S: y derecho Público, U.H: 1953, p.26.
- 5 Guillermo de Zéndegui. Ambito de Martí. Pub. Comisión Nac.; 1959, p.76
- 6 Manuel Isidro Méndez. Martí. Estudio crítico biográfico. La Habana: 1941, p. 61.
- 7 Luis Rodríguez Embil. José Martí, el santo de América. La Habana: 1941.
- 8 Ezequiel Martínez Estrada. Martí revolucionario. La Habana: Casa de las Américas; 1967, p. 139.
- 9 José Martí. O.C. Ob.Cit. T. 7, p. 86.
- 10 Idem.
- 11 José Martí. O.C. Ob.Cit. T. 20, p.52-53.
- 12 Ibidem, p. 321.
- 13 Ibidem, p. 322.
- 14 José Martí. O.C. Ob. Cit. T. 20, p. 436.
- 15 Nydia Sarabia. Notas confidenciales sobre Cuba 1878-1895. La Habana: Editora Política; 1985, p. 161.
- 16 Idem, p. 161.
- 17 José Martí. O.C.Ob.cit. T. 2, p. 467.
- 18 Ibidem, p. 222.
- 19 José Martí. O. C. T.1, p.398.
- 20 Ibidem, p. 404.
- 21 Ibidem, p. 402.
- 22 José Martí. O.C. Ob. Cit.T.2, p. 353.
- 23 Idem, p. 353.
- 24 José Martí. O. C..Ob.Cit. T. 20, p. 470.
- 25 José Martí. O.C.Ob.Cit.T.2, p.354.
- 26 Ibidem, p. 459
- 27 José Martí. O.C. Ob.Cit. T.3, p. 182.
- 28 Ibidem, p.188-189.
- 29 Alfonso Mercado. "Mis recuerdos sobre José Martí". Revista Cubana. (Vol. XXIX): 27.
- 30 José Martí. O.C. Ob.Cit.T.5, p. 390.
- 31 Ibidem, p. 61.
- 32 Gonzalo de Quesada y Miranda. Martí Hombre. La Habana: 1944, p. 123.
- 33 José Martí. O.C.Ob.Cit.T.18, p.138.
- 34 César Rodríguez Expósito. Médicos en la vida de Martí. La Habana: 1955, p.55